

pues ya empezaba á asomar el día, empuñó las riendas y fustigó el caballo... y de nuevo oyóse en el camino el campanillear de los cascabeles.

Inmediatamente después levantóse una trampa del suelo y aparecieron las dos figuras de Magno y Juanillo.

— Se marchó!

— Se marchó!

Los dos hombres saltaron al saloncillo.

— Dése prisa!... Dése prisa, Señor Magno!... Es preciso que Ud. siga de cerca á ese hombre, dijo Juanillo que aun tenía en brazos á las chiquelas.

— No será muy difícil.

— El cree que va tras de nosotros, como le explicaba... Nos cree aún acompañándola...

— Comprendo... y nosotros lo seguimos!

— El sabe con certeza á donde se encamina ella, *ella*, y nosotros no lo sabemos... Pero sin darse cuenta de ello, él nos indicará su paradero... Pronto, en camino!

— ¿Y tú qué piensas hacer con tus chiquelas?

— Prestadme atención... Forzosamente tendréis que pasar por Arles... y él también... y ella también... puesto que no existe sino ese camino... por consiguiente dejadme un parte en el hotel de los Alyscampos...

— Convenido!

— Y además os aseguro que muy pronto me reuniré con vosotros. Daos prisa, Señor Magno!

De un salto púsose Magno en el camino, lanzó sus tres brazos al aire, luego sus dos patas, y empezó de nuevo... á girar...

Cinco minutos después, « el infiel », que continuaba fustigando su caballo, no se imaginaba que iba en una carreta de cinco ruedas.

LIBRO SEGUNDO

DUENDES Y GNOMOS DE LA SELVA NEGRA

I

LA DILIGENCIA DEL VALLE DEL INFIERNO

Buchen es una aldea bastante grande que se halla situada en el centro mismo de la Selva Negra, y aunque bien es cierto que ya en aquella época gozaba de celebridad en toda la región de Baden por la fabricación de sus famosos relojes de cuclillo, época correspondiente á nuestro relato, no comunicaba sin embargo con el norte, sino hasta Friburgo, y con el sur, hasta Todtnau, por los caminos que atraviesan el Valle del Infierno.

La diligencia que partía tres veces por semana de la posada « La Manzana de Pino », cargada de viajeros y con destinación á Feld ó á Todtnau, ó que se dirigía hacia los caminos del Tirol ó de Austrasia, esa diligencia, decimos, era reputada en veinte leguas á la redonda como la más valerosa, la más honrada, la mejor dispuesta y la más sólida de todas las diligencias. Contaban á menudo en « La Manzana de Pino » que había

transportado á Napoleón I^o una noche en que el emperador, urgido por el deseo de hacer la guerra, había roto su berlina contra las rocas del Valle del Infierno.

Después de haber tenido la gloria de bambolear sobre sus asientos al amo del mundo, iba á tener el honor de servirle de vehículo á Juanillo en el día que nos ocupa.

¿Quién podría decir cuántas vueltas, marchas y contramarchas, cuántos viajes increíbles hizo, cuántas incruentas tribulaciones sufrió el pobre Juanillo desde el primer día en que partió de las llanuras de Camarga hasta el octavo en que se hallaba errante entre los picos y precipicios de la región de Brisgau, en el corazón de la selva más misteriosa de la vieja Europa? ¿Cuáles aventuras le condujeron hasta el patio de aquella posada de « La Manzana de Pino »?

Probable es que si algún viajero, deseoso de enterarse, le hubiese pedido los permenores de su viaje, Juanillo no le habría hecho caso, ocupado como estaba en cuidar á sus dos pupilas que aun llevaba en brazos.

En vano trataba de hacerlas callar con la falaciosa promesa de una buena comida, pues ya eran las cinco de la tarde: las chiquillas *gadschi*, quizás experimentadas, no se dejaban convencer y á los discursos almiarados de su nodrizo, respondían con gritos tan estridentes que ni el conductor de la diligencia de Friburgo, que acababa de entrar con gran estrépito al patio de correos, ni su colega, el de la diligencia de Todtnau, que sólo esperaba á los viajeros para romper la marcha, lograban acallarlos con el doble chasquido de sus largos látigos y el son ensordecedor de sus trompetas.

Entre tanto desocupóse una de las diligencias y llenóse la otra, espectáculo que presenció Juanillo con atónita mirada y aspecto melancólico.

Gracias á los dos bebés y al conocimiento que de la lengua francesa tenía el patrón Federico, logró el joven inspirarle compasión para con su miseria, pues no podía pretender que los dos marcos que le quedaban entre el bolsillo serían bastantes para pagar un puesto hasta Todtnau, donde tenía cita con Magno.

Hallábase excesivamente fatigado para emprender á pie el camino con el doble peso que cargaba. Después de haberle expuesto honradamente su situación al propietario de « La Manzana de Pino » y de la diligencia, prometiéndole este que le daría un puesto en caso de que sobrara alguno. Dióle las gracias Juanillo con lágrimas de gratitud que muy pronto debían tornarse en lágrimas de desesperación al constatar que el histórico vehículo se iba á llenar completamente, pues había feria al siguiente día en Todtnau y más de un habitante de Feld ó de Buchen se marchaban desde la víspera con el deseo de llegar á Todtnau antes de la media noche. En el patio, algunos importantes relojeros, vendedores de relojes de cuclillo, festejaban de antemano en las mesas los brillantes negocios que habían de realizar: se bebía mucha cerveza, se comían muchas salchichas y se fumaban muchas pipas. Ya no sabían á quien responder, tanto el patrón Federico como sus dos hijas que le ayudaban á servir, cuando la hora de la partida vino á ponerlos de acuerdo á todos. Cada cual se apresuraba á ocupar su puesto á medida que iban pasando la lista de los viajeros. Fué invadida la imperial por una tropa que conducía al asalto el Señor Paumgartner, de Friburgo, el cual ostentaba sus pantorrillas cubiertas por gruesas medias de lana y lucía en el sombrero una pluma de gallo.

En el interior de la diligencia había tal cantidad de personas, que literalmente se apachurraban unas á

otras. Juanillo vió subir á un viejecito de ojos tristes que el patrón Federico llamaba Matias; luego llegaron unos robustos y alegres fabricantes de zuecos, con los cinturones abultados, que iban á Todnau tanto por los negocios como por « la juerga »; en pos de ellos subió un guarda campestre de aspecto taciturno, envuelto en larga túnica, calada hasta las orejas la cachucha y el fusil al hombro; después una vieja perversa y testaruda á quien todos llamaban « la mamá Rosa » y que pasaba todo el día atropellando á su hija Marta, una dulce criatura; luego un extraño negociante en paraguas cuya figura desaparecía bajo hirsuta barba y cuyos ojos escudriñadores examinaban á las gentes con inquietante curiosidad; y por último dos doncellas que hablaban en francés y que parecían institutrices venidas á Brisgau con ánimo de buscar colocación.

Cerró el conductor la portezuela, pues estaba llena la diligencia y Federico hizo un gesto de impotencia que reveló á Juanillo la magnitud de su desdicha. Este lanzó un suspiro, sentóse en el estribo de la diligencia agarrándose como pudo mientras cargaba á sus dos pupilas que formularon nuevas protestas contra tan insólita manera de viajar y que tan peligrosa podía resultar para ellas. Arrancaron los caballos, sonaron las campanillas, el látigo chasqueó, tronaron los vidrios, chirriaron las ruedas, gimieron los resortes, tambaleó la cubierta del coche y en medio de glorioso estrépito atravesó la diligencia la plaza de la Iglesia, en cuyo costado derecho sólo se veían tres chalets con aguilones, de triste y morosa estampa. Veíanse cerradas sus puertas y ventanas y en ese estado debían haber permanecido durante mucho tiempo á juzgar por la hierba que crecía entre las baldosas de las puertas y el musgo que cubría los tres umbrales. Los tres

chalets abandonados le daban un aspecto de inmensa desolación á aquel costado de la plaza y generalmente nadie pasaba por allí. Hasta los mismos aldeanos que se encaminaban á la Iglesia evitaban ese paso, como si tal vecindad les fuese de mal agüero.

Cuando pasó la diligencia, con gran estrépito por frente á los pequeños chalets, los viajeros, sin afectación mas simultáneamente, tornaron la vista en sentido opuesto. El individuo á quien llamaban « patrón Maturino » y el guarda campestre, lanzaron un profundo suspiro.

La diligencia atravesó la calle real de Buchen que se componía en su totalidad de tendejones de relojeros. Cantaron algunos cuclillos que colgaban de los letreros de las puertas, agitáronse algunos pañuelos en los dinteles de las puertas, cambiáronse saludos y votos de prosperidad entre los viajeros de la imperial y unas cuantas muchachas amables que hacían los quehaceres de las casas con las ventanas abiertas y cobijada por una hermosa noche primaveral, vadeó el Valle del Infierno la diligencia de Buchen é internóse luego en uno de los más profundos y sombríos desfiladeros de la Selva Negra.

Por el vidrio de la portezuela que cerraba la caja interior donde se hallaban amontonados todos los especimens de viajeros que acabamos de enumerar penetraba el clamor infantil que salía de entre los brazos de Juanillo y tenía la pretensión de sobreponerse al ruido de la conversación que se había entablado, como era natural, entre personas que se conocían de tiempo atrás. Los panzudos ceñidos por gruesos cinturones dieron la señal de la protesta y entonces empezaron á dirigirle desagradables amonestaciones al viajero del estribo, el cual, á decir verdad, poco se preocupaba de

tales censuras, pues ni en casa de Bautista, ni en la compañía de sus buenos amigos los gitanos, había tenido ocasión de aprender el idioma en que lo inventaban. Por fortuna las institutrices que se hallaban cerca de la portezuela ofrecieron á tomar consigo á las chicuelas, quizás con ánimo de contrarrestar la mala impresión producida por los descorteses razonamientos de los vendedores de cuclillos. Comprendió perfectamente Juanillo lo que le decían, pues aquellas damas se expresaban en correcto francés. Aceptóles su amable ofrecimiento y al punto trasformóse la diligencia en caja de música.

Viendo Juanillo cuán furiosas interjecciones y onomatopeyas recibían los berridos de su transitoria prole y temiendo con razón por la suerte que podían correr sus hijas adoptivas, resolvió colar tan rápida y diestramente su largo cuerpo de serpiente, desmirriado y amenazador y rematado por una cabecita tan osadamente hostil, que cada cual arrellanóse prudentemente en su asiento, deseoso de no entrar en explicaciones con nodriza de tan excepcional aspecto.

Preguntaron las institutrices á Juanillo porqué gritaban las niñas y éste respondióles que lo hacían sin duda con el objeto de reclamar su comida.

La señorita Berta (tal era el nombre de una de ellas) era muy sensible además de ser una morena muy guapa de cándidos ojos y porte sencillo, aunque nada tímida.

Creyendo que las chicuelas de Juanillo morían de hambre, no tuvo inconveniente en derramar abundantes lágrimas delante de todo el mundo. Consolóla el aprendiz asegurándole que hasta entonces no eran dignos de lástima, pues en los campos habían encontrado hermosas vacas lecheras, lo cual había cesado

desgraciadamente desde que entraron á esa región selvática, donde tanto escaseaba el ganado, con lo cual habían quedado reducidas á chupar un pañuelo de fina batista que encontró Juanillo casualmente en la plaza de mercado de Friburgo.

— ¿De manera que les dais á chupar un pañuelo? preguntó la señorita Lefébure, que así se llamaba la otra francesa ya entradita en años, alta y seca, de pensativa y simpática fisonomía.

— Bien revela vuestro asombro, señorita, que nunca habéis sido madre, respondióle Juanillo.

Encendióse la señorita Lefébure y Juanillo les dió á las chicuelas sendos « chupos » de tela blanca.

— ¿Qué ha envuelto Ud. en esos « chupos »? interrogó la señorita Lefébure.

— Un poquillo de ese trigo verde tan excelente que el Dios de los pajarillos hace brotar al borde de los caminos y que contiene en esta nueva estación una harina tan tierna, tan húmeda y tan dulce que parece leche. Es papilla cocinada, concluyó Juanillo, orgulloso de su descubrimiento.

— Qué ingenioso! Jamás se me habría ocurrido tal cosa, exclamó Berta. ¿Ud. qué opina, señorita Lefébure?

— Que á mí seguramente no se me habría ocurrido, contestó la solterona con marcado desprecio por el régimen al cual sometía Juanillo á sus chicuelas.

Mientras tanto ocupábase el joven con todo cuidado en colocar los « chupos » en las sonrosadas boquitas de los bebés, que se callaron con general contentamiento al sentirse medio ahogados.

Sólo la señorita Lefébure, cuyo natural era muy prudente y que, además, siempre temía alguna desgracia, preguntó:

— ¿No teméis acaso, señor mío, que les dé cólico á las chiquillas?

— En absoluto, replicó Juanillo con suficiencia. Hace mucho tiempo que chupan esa papilla y puedo aseguráros que en ello no hay peligro ninguno. Por lo demás, señorita, es muy ventajoso dar á las niñas papilla en pañuelo, pues han pasado cuarenta y ocho horas comiéndosela y todavía sobra.

— Vaya una salud más buena, creyó deber constatar la señorita Berta, que de buena gana se expresaba en dialecto monmartrense, su lengua materna, mientras examinaba con admiración á Juanillo, pues pequeña como era, sentía instintiva estimación por los hombres de grande estatura.

Durmiéronse las chicuelas en el regazo de las señoritas Lefébure y Berta, permitiendo así á los viajeros que reanudasen sus charlas interrumpidas, sus sueños sin acabar y sus graves reflexiones. Juanillo pensaba entretanto cuán agradable sería encontrar á Magno en esta ocasión, pues desde el momento en que este último desapareció en forma de quinta rueda de carreta, no había vuelto á ver al enano paralelepido de cinco patas.

Tal tropiezo se debía á que la carrera continuaba siempre: loca carrera que no les había dejado ni un momento de reposo y los había lanzado unos en pos de otros, aunque siempre á distancia, por todos los caminos, ferrocarriles, canales, senderos extraviados, selvas y montañas, á las ciudades más populosas y á las regiones más desiertas en tal forma que Juanillo, siempre á la retaguardia y con sus dos nenes, había llegado á ese Valle del Infierno de la Selva Negra en cuya extremidad esperaba divisar el paralelepido y simpático perfil de su enano predilecto.

Cuántas veces, después del primer día en que Magno le dejó apresuradamente una cartita en la posada de los Alyscampos, ocurrióle perder las huellas de su amigo! Por fortuna el enano tenía la ventaja de no poder pasar inadvertido por ninguna parte. Mas sólo de tiempo en tiempo daba cuenta á Juanillo del estado en que se hallaban las cosas y que no podía ser más desconsolador, pues no había variado: La Reina del Aquelarre llevaba siempre la delantera; tras ella iba el « infiel », luego Magno y enseguida Juanillo.

Bien le cuadraba el nombre á ese Valle del Infierno, todo hondonadas y precipicios por entre los cuales, casi á pico y estrechísimo, corría el camino! Hacia la derecha los negros pinos escalaban el cielo hasta cubrirlo como con un manto, y hacia la izquierda extendíase el vacío con peligro casi evidente de una vertiginosa caída en el abismo. Era el terreno seco, rocalloso, cascajoso y resbaladizo. Por fortuna la histórica diligencia tenía en la parte baja una horquilla no menos histórica que barría el suelo, arrastrada por los heroicos caballos; la tal horquilla — cuando los caballos ya sin alientos se rehusaban á continuar prestando servicio y que el vehículo reculaba como un ebrio — clavábase en la piedra del camino deteniendo instantáneamente el pesado edificio que cesaba las piruetas y recobraba el equilibrio. Los que tal cosa sabían por tener el hábito de viajar en esa diligencia, seguían fumando tranquilamente sus pipas en la imperial ó charlando en el interior del coche; mas los que eran novicios en esa clase de *sport*, caso en que se hallaban las dos institutrices y Juanillo, no podían calmar la desazón que experimentaban.

Además, aquella inquietud no era solamente producida por el peligro que estimaban inminente, sino que

instintivamente se les oprimía el corazón al verse en medio de aquella naturaleza silvestre que entenebrece más el lento caer de la noche. Hacia el occidente veíanse enrojecidos los troncos de los árboles, iluminados por sobrenatural incendio donde se veían deslizar extravagantes sombras agitando brazos descomunales; hacia otro lado encontrábanse á lo largo del camino gigantes árboles que custodiaban cavernas profundas y permanecían reposados y misteriosos, mudos, meditando con toda seguridad alguna mala pasada. La selva había acallado el murmullo de sus hojas, mas una piedra desprendida del monte rodaba con prolongado estrépito. Y cuando aun llenaba el sol el valle de Buchen con la alegre claridad del día, aquel Valle del Infierno comenzaba á aprestar su decoración de aquelarre. Por lo demás, hoy están de acuerdo en la región y aun fuera de ella, en creer que las brujas desde que abandonaron el Brocken y el valle de Walpurgis, en el Harz, se dan cita en determinadas épocas, para reunirse en el Valle del Infierno.

Es preciso agregar que los últimos vestigios de los castillos medioevales y algunos hermosos restos de aldeas habitadas por los descendientes de los antiguos margraves, ayudan á darle á aquellos lugares aspecto legendario. En época no muy lejana servían aquellas guaridas feudales de refugio á lobos auténticos, hombres-lobos, príncipes y grandes bandoleros que, según era fama, no conocían más ley que la del diablo. Destacábase por sobre las demás torres más ó menos destruídas y proyectando en la llanura la sombra del pasado, una torre moderna llamada Jaula de Hierro de Neustadt, habitada en tiempos anteriores por un príncipe muy reposado cuya súbita desaparición había conmovido á la sociedad: hemos nombrado al archiduque

Jacobo, conocido popularmente con el plebeyo nombre de Jacobo Ork, hermano de la reina María Silvia de Carintia.

Más tarde pasó la torre Jaula de Hierro de Neustadt á ser propiedad de un amigo íntimo del rey de Carintia Leopoldo Fernando, llamado Carlos de Bamberg, duque en Baviera y hombre muy temido en Brisgau y sus alrededores. Desde Friburgo hasta las cataratas del Rin nadie pronunciaba sin temblar ese nombre de Carlos. Era un amo terrible que aplastaba á la provincia con su todo poderío. Debido á la amistad que le profesaba su primo de Carlsruhe, conocido con el apodo de *gran duque chiflado*, podía El Príncipe Rojo hacer cuanto le venía en mientes. No contaba sino treinta y ocho años, pero le habían bastado para granjearse el odio de todos sus vasallos y con sus fantasías resucitaba la época medioeval. Por fortuna para la región de Brisgau aquel señor viajaba á menudo, ya por sus asuntos personales, y entonces se oía hablar de él en Viena y en los Cárpatos donde pensaba establecer un reino con el apoyo del Emperador Francisco, ya por placer, y entonces se iba de juerga á París.

Por aquella época se hallaba de regreso en sus dominios de la Selva Negra y para convencerse de ello no tenían los habitantes de Brisgau sino que levantar los ojos hacia la cima de las montañas, más allá del Valle del Infierno, á la caída de la noche, para ver la torre Jaula de Hierro encendida como una antorcha.

Sucedió ocasionalmente que la diligencia, al doblar un recodo del camino, se halló frente á la inmensa mole de la torre, en cuyo pináculo aparecieron algunas luces, como si hicieran señales. Cesaron las conversaciones como por encanto, y los semblantes, sombríos, pusieronse á examinar ansiosamente esas piedras malditas.

Lo que se llamaba Jaula de Hierro de Neustadt, aunque situada á bastante distancia de la pequeña ciudad de Neustadt, era un prodigioso conjunto de fábricas, unas antiguas, otras contemporáneas, dominadas por una gran torre que había conservado la corona almenada del siglo trece, oportuna y hábilmente restaurada. Habíanla dado celebridad en toda la región tanto las históricas tragedias que ocurrieron en su recinto como los dramas contemporáneos que ensangrentaron sus muros, pues bien sabido es que para la mayor parte de los príncipes del imperio el tiempo ha pasado sin morigerar las costumbres y aman ú odian con los mismos salvajes arrebatos de sus lejanos antepasados!

Hallábase situado en el subsuelo de aquella torre el famoso calabozo subterráneo que no se mentaba sin terror en las veladas aldeanas, circundado por gruesos barrotes de hierro que le daban aspecto de jaula por lo cual lo bautizaron con el famoso nombre de torre *Jaula de Hierro*. Mientras fué su morador el archiduque Jacobo, á quien llamaban Jacobo Ork y cuyo recuerdo se veneraba en toda la región, permitió que la visitaran y era costumbre de los guías mostrarla á todos los turistas; mas cuando hubo desaparecido el archiduque y sobre todo desde que el Señor Carlos tomó posesión de aquellos dominios, nadie podía vanagloriarse de haberla visitado y susurrábase en la selva que si tanto cuidado ponían en ocultarla era debido sin duda á que todavía prestaba servicios.

En tanto una voz rompió el silencio que reinaba en la diligencia, aunque de muy extraña y desagradable manera. Era la voz del vendedor de paraguas.

— Dicen... dicen que en la torre Jaula de Hierro está encerrada la Reina María Silvia, que se volvió loca.

Aquella frase cayó en la oscuridad y la oscuridad la

sepultó, sin que hubiera sonado un eco, ni una respuesta.

Escrutó el negociante en paraguas los oscuros y mudos semblantes de sus vecinos y halló petrificadas á la señora Rosa y á su hija Marta. El guarda campestre y los rechonchos relojeros de Buchen inclinaron la cabeza. El paraguero tosió con marcada intención y como si quisiera aparentar indiferencia, púsose á sacudir el saco en que llevaba su mercadería que eran unos veinte paraguas cuyos mangos salían de entre el saco y mostraban los rudimentarios dibujos y campesinas esculturas que los adornaban.

Sin hacer caso del escaso éxito que obtuvo su primera tentativa, hizo un nuevo ensayo...

— Por lo menos tal era la especie que corría la última vez que vine á Buchen... hace cuatro años... Y ahora... quizás esté aún encerrada...

De haber sido posible habría aumentado el silencio de los vecinos, pues contenían hasta la respiración. Aquellas preguntas, que no obtuvieron respuesta, produjeron tan angustioso efecto, que hasta las institutrices se alteraron y suspendieron el arrullo de las chicleas que, por fortuna, ya se habían dormido. Entretanto Juanillo, sentado en el estribo, tenía la imaginación llena de todas las historias de duendes y aparecidos de la Selva Negra que le habían contado antes de pensar siquiera en hacer un viaje por el Valle del Infierno.

Detúvose súbitamente la diligencia y apeáronse, después de saludar á los viajeros, quienes contestaron con muda y un tanto fingida inclinación, la señora Rosa y su hija Marta. Encamináronse las dos mujeres por un estrecho sendero que se internaba bajo la arboleda.

Tan pronto como la diligencia hubo emprendido de nuevo su traqueteada marcha, dirigióse al paraguero

uno de los más importantes vendedores de zuecos y díjole con voz bronca :

— Buen hombre, ¿está Ud. loco? Sólo estando loco puede ocurrírsele á uno hacer tales preguntas delante de la señora Rosa y de su hija Marta.

Mas el interpelado dándole vueltas al saco lleno de paraguas que tenía entre las manos rugosas, objetó burlonamente :

— Le inspiran miedo á Ud. dos pobres mujeres, qué divertido!

— No juzgará Ud. el caso tan divertido cuando sepa que esas dos mujeres son nada menos que las vigilantas del calabozo de la Jaula de Hierro!

— Es cierto! es cierto! afirmaron los relojeros con marcada agitación.

— El negociante en paraguas objetó de nuevo :

— Si eso es así, bien hubieran podido darme una respuesta, pues imaginó que deben estar al corriente de cuanto sucede en casa del Señor Carlos!...

Oyéronse gruñidos é interjecciones.

El rechoncho vendedor de zuecos no le expresó su opinión al paraguero, sino que se contentó con decir :

— Más cuerdo sería que vendieseis vuestros paraguas sin ocuparos de lo que no os incumbe, de lo que no incumbe á ninguno de los que aquí vamos... no señor... á ninguno!

Exceptuando al patrón Matías y al guarda campestre Martín, que permanecían siempre mudos, los demás repitieron :

— Claro que á ninguno... no Señor... á ninguno!

No se halló satisfecho el vendedor de zuecos hasta que no hubo repetido entre dientes estas prudentes palabras :

— O es un idiota, ó un espía! Un coz ú otra coz.

El paraguero hizose el desentendido y excusóse, avergonzado, en estos términos :

— Bien sabéis todos que no ha sido mi intención dañar á nadie, pero para nadie es un misterio que á la reina María Silvia la trajo de París, ya loca, su esposo Leopoldo Fernando. No siempre se le puede imputar á los reyes la locura de las reinas y muchas veces sucede que son ellos los más desgraciados! ¿Verdad, amigo, que por los tiempos que corren hay reinas que se conducen como burguesitas imprudentes y es preciso encerrarlas para evitar el escándalo que tal conducta produciría en los hogares y en la política? Claro que esto no reza con la pobre María Silvia, la cual está verdaderamente loca como todo el mundo sabe; mas me hizo pensar en ello lo que me contaron á mi paso por Friburgo... que la reina había logrado evadirse de la torre Jaula de Hierro...

— Callaos! No os metáis en lo que no os importa! Silencio! gritáronle otras voces desagradadas.

Allá arriba, en la cima de los montes, veíanse arder todas las ventanas de la torre... Y llegaba entre la brisa algo así como acordes musicales.

— Allá arriba se divierten... gruñó el hombre.

— Eso es asunto del Señor Carlos, contestó el maestro relojero á quien llamaban patrón Matías. Hace como todos los jóvenes que están para casarse... entierran su vida de soltero.

— Razón lleva... replicaron en coro los demás.

— Ah! ah! conque se va á casar!...

— Si fueseis habitante de esta región no ignoraríais que el Señor Carlos está comprometido con una de las gemelas de Carintia y que la boda habrá de celebrarse con gran pompa en la capital del Imperio. Antes de que se realice tan grande acontecimiento, nuestro

duque ha reunido, como es de usanza, á sus alegres compañeros y amigos de juventud para obsequiarlos con algunas cacerías y unos tantos festines...

En aquel momento oyóse á lo lejos un resonar de tocatas y de alegres clamores que pareció horrorizar á los viajeros... aunque todos permanecieron mudos mientras la diligencia se halló frente al castillo y á distancia que permitía oír los gritos que habían ido acercándose y salvajizándose de tal manera que ya no se sabía si eran efectos del placer ó del dolor. Por fin calmóse todo aquel tumulto y sólo se distinguían los ladridos de los perros. Alguien dijo entonces en voz baja :

— Es que regresan de la caza...

— O que salen de cacería, atrevióse á decir otra voz. Entonces oyóse al interpelante que decía :

— No es posible que salgan á cazar de noche.

— Lo hacen con ánimo de divertirse, pues cuentan que llaman eso cazar fantasmas! Imaginó tal distracción el duque Carlos para distraer á Leopoldo Fernando, su huésped, quien por lo visto sufre de melancolía...

— Está bien. Mas si lo que desean es dar caza á todos los fantasmas del Valle del Infierno y á todas las brujas que danzan á media noche en la gruta de los gigantes, tendrán para rato!...

Alguien suspiró :

— Todas esas cosas son asuntos del diablo!...

Callaron. Habíase dormido el paraguero y Juanillo, aprovechando la partida de la señora Rosa y de su hija, colóse con maña al asiento vacante junto al hombre del saco y allí, protegido por la oscuridad é impulsado por su vieja pasión de kleptómano que en repetidas ocasiones le había prestado valiosos servicios, púsose á tratar de sustraer del saco el paraguas de mango de plata que más le había llamado la atención. Muy embe-

bido se hallaba Juanillo en tan delicada operación, pero no tanto que dejara de contemplar el repleto perfil de la Señorita Berta que había producido en el joven, desde el primer momento, una impresión decisiva.

Paz octaviana reinaba pues en la diligencia cuando de pronto irguióse el guarda campestre de manera tan brusca que todo el mundo temió que sucediese una desgracia. Al mismo tiempo en que el hombre lanzaba una bronca exclamación, púsose la señorita Berta de pie sin poder contener un grito de miedo. Juanillo, temeroso de que lo hubieran sorprendido en sus manejos, soltó el objeto de sus deseos y púsose cándidamente á meterse los dedos en la nariz.

El guarda campestre, preso de extraordinaria emoción, decía :

— ¿No habéis visto?...

— ¿Qué?... Qué? preguntáronle los viajeros.

— Allí... en el camino .. el bulto negro!...

— ¿Cuál bulto negro?

— No estoy soñando! La ví... como os veo á vosotros... corría por el camino!...

— ¿Quién? ¿Quién?

— ¡*La dama de la media noche!*

Oyéronse veinte exclamaciones, detúvose instantáneamente la diligencia y escuchóse un rumor que venía de la imperial y bajaron algunos viajeros presos de excesiva agitación. Los relojeros, asustados, apeáronse de la diligencia... Y formóse un grupo que agitaba los brazos y parlamentaba en medió del camino...

— Por allí paso!...

— Que fué por aquí!...

— Yo la ví internarse en la arboleda por aquel lado!...

— Y yo os aseguro que desapareció frente á los caballos, como si se hubiese metido bajo tierra.

— ¿No os parece, preguntó alguien, que aquí huele á azufre?

Otro dijo :

— Quizás no le falte razón al guarda campestre. Bien puede ser *la Dama de la media noche*!

— En todo caso se le parece mucho, declaró el guarda.

— ¿Entonces Ud. ya la conocía?

— Sin duda!... contestó con voz bronca, mas nunca pude acercármele... Corre como una loca!... Una vez la llamé y desapareció enseguida...

— Dicen que por donde pasa no vuelve á crecer la hierba, dijo el maestro relojero.

Empezaron los caballos á subir penosamente la cuesta, mientras que los viajeros, agrupados por la curiosidad en torno del guarda campestre, comenzaron también la ascensión.

El guarda, con el fusil suspendido del hombro por la correa, las manos entre los bolsillos y la nariz bajo el cobertor de lana, daba marcadas señales de que nada más quería decir ni nada quería saber. Sin embargo contestó la diabólica frase del maestro relojero relativa á aquello de que la hierba no volvía á crecer.

— Todo eso son tonterías.

— ¿La habéis visto á menudo? interrogó uno de los viajeros que habían bajado de la imperial.

— Si os hiciesen tal pregunta responderéis que nada sabéis, replicó con voz ruda el guarda.

Hubo un momento de silencio y luego dijo alguien que se hallaba en la oscuridad :

— Cuentan que desde hace dos años se halla *la Dama de la media noche* en la Selva, á donde llegó el sábado anterior á Navidad.

Los que venían de oír la misá de gallo en Buchen

encontráronla en la encrucijada del Valle del Infierno. Ella, al verlos, lanzó un grito y remontó el vuelo hacia la montaña, como un buho.

Un salchichonero de Feld aseguraba tal especie con mucha seriedad, mas le impusieron silencio para escuchar lo que el guarda decía, sin dirigirse á nadie y como hablándose á sí mismo.

— Yo no la he visto volar, pero la he visto correr como jamás vi correr á persona alguna, ora á campo raso, ora por entre las selvas más enmarañadas, con tal facilidad que se hubiera creído posee la facultad de pasar al través de los árboles. Bien se echa de ver que conoce la selva mejor que yo, y habría jurado que hasta la luna marchaba adelante y con la misma rapidez para iluminarle el camino!... en tanto que... detrás de ella... (titubeó el guarda.)

— Bueno, mas ¿qué había detrás? preguntó la voz dulce del vejete de los ojos tristes.

— Ah! patrón Matías... de manera que es Ud. quien ahora me interroga... Pues bien, vi, dijo el guarda haciendo un esfuerzo... vi el hada rubia y su caballo blanco de cascos dorados...

— Vaya un descubrimiento, exclamaron algunos, no eres tú el único que haya visto al hada rubia y su caballo blanco de cascos dorados... Mi bisuabuelo... mi abuela... mi tatarabuelo... hace cincuenta años... hace veinte... hace cien... vieron al hada rubia... que es el hada más antigua de la Selva Negra... cura las penas amorosas de cuantos la ven y también los dolores de muelas siempre que se tenga cuidado de enterrar unas recortaduras de uñas de niño de dos años en la corteza de un roble durante la luna llena.

El guarda, meneando la cabeza, contestó :

— Os digo que todas esas son tonterías y sueños de

la selva, para que Ud. lo sepa, patrón Matías. De mí se decir, prosiguió en voz baja, que no he soñado en la selva... y vi lo que nadie vió... el hada rubia en su caballo persiguiendo á la *Dama de la media noche*... Era joven el hada y su cabellera encendida flotaba hasta las estrellas...

— Nuestra antigua hada rubia también es jovencita, replicaron los demás... Todo el mundo la conoce desde que existe la Selva... y todos saben que se casó con el gigante Carolo á quien hizo llorar de tal manera que el infeliz se convirtió en fuente, en la fuente que hoy llaman del Neckar... y sabemos además que el hada se llama Elisabet. Todas esas cosas nos las enseñaron cuando éramos pequeños.

— ¿Y sabe alguien cómo se llama la *Dama de la media noche*? preguntó con voz áspera el guarda campestre.

— Ese nombre nadie lo conoce.

Inclinóse hacia el patrón Matías el guarda y dijole :

— ¿Ud. no conoce el nombre de la *Dama de la media noche*? No soy yo quien le hace esa pregunta... (y agregó con voz insegura) es nuestro común amigo *Jacobo*.

Tembló el patrón Matías, asió el brazo del guarda, lo apretó fuertemente y detúvolo para dar tiempo á los demás que siguiesen adelante.

— Martín, dijo el maestro relojero, vas á explicarme porqué te obsesiona la *Dama de la media noche* y la creencia de que yo conozo su nombre... y al mismo tiempo porqué pronunciaste el nombre del otro...

Jacobo Ork, el hermano de María Silyia, descansa en paz y ya no puede pedir nada á nadie...

— Jacobo Ork está muerto para los demás, pero para nosotros no lo está... y además bien sabéis que en

algunas ocasiones los muertos resucitan en la Selva Negra, muchas veces con el único objeto de preguntarnos qué hora es... Ah! Matías! cuando me hallo vigilando y que suena en el reloj cierta hora, escucho la canción del viento entre el follaje, y en más de una ocasión me ha parecido oír su voz...

— ¿Y qué te ha dicho su voz? interrogó Matías exhalando un prolongado suspiro.

— Siempre lo mismo, desde hace muchos años : « Martín! Martín! Martín... ¿están listos los ataúdes? »

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALF. ASO RUIZ"
Apto. 1622 MONTERREY, MEXICO

II

LAS MUÑECAS

Al evocar tan sombrío pasado que parecía abrumarlos, el guarda campestre y Matías inclinaron la cabeza y permanecieron silenciosos. Ni siquiera se dieron cuenta de que sus compañeros de viaje les habían tomado la delantera y de que la diligencia, siempre trepando la cuesta, también se les adelantaba.

En el vehículo casi vacío hallábanse muy turbadas las institutrices con el incidente de la dama de la media noche. Ya dijimos que la señorita Berta se había puesto de pie casi al mismo tiempo que el guarda campestre y que también había lanzado un grito... luego volvióse á sentar y, cuando se apearon los demás viajeros, con excepción del paraguero, que continuaba durmiendo, y de Juanillo, que seguía en sus manejos rateriles, preguntóle ansiosamente la señorita Lefébure á Berta qué le había sucedido y ésta respondió, emocionada :

— No sé qué hayan visto los otros, pero yo estoy tan segura de que vi pasar á la mamá Tragavientos, que podría meter mi mano en el fuego.

— Eso no es posible, debéis tener telarañas en los ojos, mi querida Berta, replicóle con animación la señorita Lefébure. Mucho trecho hay de aquí á Møder para que la pobre vieja Tragavientos lo haya recorrido con sus débiles patas.

— Acordaos que corre con mucha agilidad!... Nadie ha logrado alcanzarla... Y además, durante dos meses ha tenido tiempo de sobra para pasearse por la selva.

— ¿Cuál vieja Tragavientos es ésa? preguntó inocentemente Juanillo, que había logrado sacar á medias un paraguas de la funda.

— La vieja Tragavientos, respondió Berta, es una vieja á quien le dimos ese nombre en Møder, porque nadie le conocía otro en primer lugar, y luego porque andaba como una ráfaga, con los cabellos flotantes, las ropas crujientes, corriendo como loca por la selva de día y de noche con los pies descalzos. Generalmente hacía su aparición al caer la tarde, en la extremidad de la calle de la aldea...

— Mas ¿ dónde queda Møder? preguntó Juanillo que ya deseaba conocer algunos detalles referentes á la simpática Berta, de cuyo destino parecía á él, no podría desinteresarse en adelante.

— Pues es el lugar de donde venimos : una aldea no muy distante de Friburgo, situada en el lindero de la Selva Negra. La señorita Lefébure y yo ejercíamos allí nuestra profesión de institutrices en casa del Señor. Hansen, excelente persona de quien lamentamos separarnos ¿ verdad, señorita Lefébure?

— Efectivamente eran personas magníficas...

— ¿ Y acaso se murieron? preguntó Juanillo que acababa de soltar el paraguas, intimidado por un brusco ademán que había hecho el paraguero mientras dormía.

— Espero que no se hayan muerto, prosiguió Berta,

mas un día sucedió que todos se marcharon y que la policía vino á buscar al Señor Hansen, porque, según entiendo, gustaba mucho de politiquear. A nosotras sólo nos consta que hacía todo el bien que podía, que habitaba en un hermoso castillo situado en Møder y que á la señorita Lefébure y á mí nos contrató para que cuidásemos de las chicuelas de la aldea que le tenían mucho miedo á la vieja Tragavientos... Y á mí también me asustaba, agregó Berta.

— ¿Es acaso muy fea? insistió el joven para quien la voz de Berta se había convertido en la más enternecedora de las melodías y que no abrigaba sino un temor: dejar de oírla...

Mas por fortuna para él, Berta era locuaz por naturaleza, tenía pura la conciencia, con lo cual está dicho que no tenía porqué ocultar ni callar nada y además no dejaba de inspirarle alguna simpatía ese gran bolo que se había prestado graciosamente á servirles de nodriza á dos chicuelas huérfanas.

No hallaba dificultad ninguna en responder á todas las preguntas que le hacía Juanillo.

— ¿Fea?... En realidad nunca pudo saberse... pues se cubría la faz con los cabellos desordenados, respondió Berta, mas es lo cierto que tenía un aspecto fantástico cuando hacía su aparición, al caer la tarde, en la extremidad de la calle de la aldea...

« La mayor parte de las veces huían al divisarla; de vez en cuando los chicuelos corrían tras ella arrojándole piedras... En fin algunas personas serias habían intentado en vano hablarle á distancia, pues desaparecía enseguida... Era flaca como una loba y contaban que cuando no podía comerse á los chicuelos, servíale de alimento la corteza de los árboles... Lo cierto es que vivía hambreada á todas horas y he aquí cómo se las

compuso el Señor Hansen para darle de comer. Bien puede decirse que enjauló á ese ser salvaje como se enjaula á un pajarillo.

« Las ventanas del comedor del castillo daban sobre el lindero de la selva donde aparecía algunas veces la vieja Tragavientos. El Señor Hansen, sin abrir la ventana, hacía gestos á la loca hasta que ésta se acercaba con mil precauciones y divisaba el pan y la leche que el Señor Hansen había colocado en el poyo exterior de la ventana. Entonces arrastrábase la infeliz en cuatro patas, tomaba el alimento y huía despavorida hacia la selva.

« Poco á poco fué acostumbrándose á ver al Señor Hansen y este dejó un día la ventana abierta y le habló tan tiernamente que la loca no huyó.

« Por último la vieja Tragavientos llegó á hacer cuanto le ordenaba el Señor Hansen, mas sólo él podía acercársele. ¡Extraña criatura! En ocasiones miraba con ternura de Dolorosa y otras veces infundía miedo como si fuese una bestia feroz; mas tan pronto como advertía la presencia del Señor Hansen serenábase y dejábase conducir como una oveja.

« Un día nos dijo el Señor Hansen:

« — Os anuncio que la vieja Tragavientos (le daba el mismo nombre que le habíamos puesto nosotras) se va á establecer; sí señoras, á establecer. Ya no seguirá durmiendo á la luna de Valencia, como las bestias de la Selva.

« Contónos que la loca habitaría una casita totalmente abandonada que se hallaba en la extremidad de la aldea. Prometióle el Señor Hansen que nadie iría á molestarla y que los sábados por la noche, á las nueve, le llevaría las provisiones de la semana. Y agregó el Señor Hansen:

« — Quedéme estupefactado cuando me dijo que si aceptaba mi hospitalidad, lo hacía más que por ella misma, *por sus hijitas que tiritaban de frío en la selva!*

« Aquí Berta creyó oportuno observar que la sola suposición de que la vieja Tragavientos tuviera dos hijitas había dado mucho que reír á las chicuelas de la aldea.

« Al día siguiente nos escondimos todas para ver la llegada de la vieja Tragavientos á la casa de la extremidad de la calle de la aldea.

« Avanzó con precaución, mirando á todos lados para cerciorarse de que no la espiaban. Llevaba en los brazos algo imposible de distinguir, pues había envuelto su carga con ramajes y helechos. De un salto colóse á la casa. Y cerró la puerta.

« Jamás se le vió salir durante el día y sólo el Señor Hansen podía penetrar en su habitación quien se mostraba muy compungido cada vez que salía de allí.

« En una ocasión le preguntamos :

« — Díganos, ¿dónde están las hijitas de la vieja Tragavientos?

« A lo cual nos respondió :

« — Nunca me habléis de tal cosa que es demasiado horrible!

« Esas enigmáticas palabras no produjeron más efecto que el de aumentar el terror que nos inspiraba la pobre vieja hasta tal punto que apenas si nos atrevíamos á pasar por delante de la casa.

— En cuanto á mí, interrumpió la señorita Lefébure, jamás pasé por allí de día ni mucho menos de noche. Aquella loca me infundía su locura con sólo mirarla y cuando por desgracia la divisaba, aunque fuese de lejos, ya tenía suficiente para que su recuerdo me hiciese llorar durante ocho días consecutivos!

« — Mas cuando llegaba el sábado, prosiguió Berta, era preciso ir á tocar á su puerta, porque ese era el día del desfile caritativo. En compañía de las chicuelas distribuíamos provisiones á los pobres. Y como era convenido que á casa de la vieja Tragavientos no se podía ir sino á las nueve de la noche, sucedíame lo que Ud. quizás no se imagina, porque debo advertirle que yo no soy como la señorita Lefébure, el miedo que experimentábamos me producía placer!... Es cierto, constató Berta, soy más infantil que los mismos chicuelos y cuando se trata de sentir miedo no me cambiaría por nadie!...

— ¡Qué divertido es eso! exclamó Juanillo que había reanudado sus manejos rateriles. Lo que sucede es que sois valerosa, señorita Berta... creyó oportuno agregar.

« Ignoro si soy valerosa, contestó la joven, mas puedo aseguraros que á las nueve de la noche y en casa de la vieja Tragavientos, no se divierte uno mucho que digamos...

« De manera pues que llegábamos á su puerta ya cerrada la noche : los postigos de la casita estaban siempre cerrados, mas por entre las rendijas de ventanas y puertas distinguíase un poco de luz.

« Tocábamos en la puerta y luego gritábamos :

« Vieja Tragavientos ! somos nosotras que venimos á traerle la comida que le envían las damas caritativas. Abridnos, vieja Tragavientos !

« Inmediatamente después reinaba completo silencio interrumpido tan sólo por el latir de nuestros corazones. Las chicuelas se ocultaban tras de mis enaguas. Algunas veces teníamos que tocar y gritar de nuevo :

« — Abridnos, vieja Tragavientos!...

« Por fin se oía un ruido de chanclos (que le había

regalado el Señor Hansen): escuchábase cuando abría los cerrojos en el interior de la casa y por último entreabría la puerta. Entonces veíamos extenderse hacia nosotras una mano larga, seca y descarnada que pendía de un brazo cadavérico y los dedos, que al moverse producían un ruido de dados, agarraban el canasto y lo hacían desaparecer enseguida; luego cerrábase la puerta, el ruido de los chanclos se extinguía y nosotras huíamos en medio de la oscuridad riéndonos y temblando mientras gritábamos:

« — Buenas noches, vieja Tragavientos!... Buenas noches! Que duerma bien, vieja Tragavientos!

« Durante varios meses fué un secreto para nosotras lo que sucedía en su casa y sin embargo, muy intrigadas nos tenía lo que respecto de las chicuelas nos había dicho el Señor Hansen. Un sábado por la noche en que la vieja se tardó más de lo acostumbrado en abrirnos la puerta, acordámonos de la historia de las pequeñuelas.

« Era indudable que no había oído nuestros llamamientos, mas nosotras oíamos perfectamente que ella estaba hablando de tan divertida manera, con voz tan tierna é infantil, que cuando hubo cesado el primer movimiento de risa, permanecimos silenciosas y luego nos quedamos allí con grandes deseos de llorar. Sin duda alguna se hallaba sola, más era el tono de su voz como si se dirigiese á alguien, á unas chicuelas, pongamos por caso... Decía cosas como estas: ... mis pequeñuelas están muy atrasadas para la edad que tienen... Ya es tiempo de que sepan hablar... Y especialmente que sepan decir « Mamá! » é insistía sollozando:

« — Decidme « Mamá »! Decidme solamente eso, queridas mías! ó tendré que suponer que estáis enfermas y será preciso ir á buscar al médico.

« Y luego la oíamos sollozar:

« — No hablarán nunca... Son mudas!... Es lo mismo que si estuviesen muertas!... Y sin embargo les prodigo toda clase de cuidados, no tosen, no les falta nada; mis hijas queridas, adoradas, gemía la pobre.

« Y después se le oían decir cosas descabelladas, que sólo se le ocurren á una loca, como estas:

« — En otros tiempos, decía, *cuando erais grandes*, hablabais perfectamente... Os expresabais en francés y en inglés y ahora que sois pequeñas no podéis ni siquiera decir mamá en alemán.

« Mas era preciso oír el timbre de voz con que decía todo aquello la infeliz: era para desgarrarle el alma á cualquiera... Por último una noche sorprendimos la clave del enigma; sí, fué una noche cuando descubrimos el secreto de la vieja Tragavientos.

« Tras de mí se ocultaba toda la banda de chiquillas, cogidas de las manos, como si temieran perderse. Una de nosotras exclamó de pronto:

« — La puerta de la vieja Tragavientos está abierta!

« Nadie quería creerlo. Fué tan grande la sorpresa que experimentamos, que nos quedamos plantadas allí, de pie en medio del camino sin atrevernos á avanzar.

« Mas después la curiosidad se sobrepuso al miedo y seguida de mis chicuelas me colé muy quedo á la pobre vivienda de la vieja Tragavientos. Encima de la chimenea sin fuego, alumbraba el cuarto una pequeña linterna. Era glacial la mísera casita! En la extremidad de una alcoba oscura divisábase un camastro y avanzábamos con mil precauciones, temerosas como estábamos de ver salir del hueco oscuro de la alcoba á la vieja Tragavientos. La vieja no estaba allí y probablemente recorría aún la selva. De pronto una de las chicuelas lanzó un grito de terror... todas las miradas se vol-

vieron hacia ella, y vimos que nos mostraba con el dedo tembloroso un objeto colocado encima del baúl. — Tan pronto como las demás vieron el objeto en cuestión, lanzaron gritos de terror y salieron huyendo. — Yo quise saber lo que era : resultó ser un ataúd!... Sí, sí!... un pequeño ataúd! con una gran cruz sobre la tapa.

« Quise enterarme... la sangre me zumbaba en los oídos... Mas estaba resuelta á darme cuenta... palpé el pequeño ataúd... *era auténtico!* — Hallábase sobre el baúl como una cajita ordinaria, como si dijéramos una caja de costura, colocada entre dos manzanas de pino y un canasto.

« Púseme á pensar qué diablos podía guardar en esa caja la vieja Tragavientos y á fe mía que la curiosidad pudo más que todo y venciéndome levanté la tapa del ataúd y ¿ sabéis que ví allí?... Dos muñecas... Sí señor, dos muñequitas admirables que dormían gentilmente envueltas en harapos muy limpios... El ataúd de la vieja Tragavientos servía de cuna á las que ella llamaba sus hijitas!... Bien me daba cuenta en ese momento de cuáles eran las personas á quienes ella se dirigía, cuando suplicaba á sus hijas que le dijesen mamá!... Pobre vieja Tragavientos, cuántas penas habrá tenido en su vida para haber llegado á ese estado!... y mucho debió amar á sus hijas cuando estaban vivas para que les hable en esa forma cuando están muertas!...

Juanillo lloraba. Berta y la señorita Lefébure diéronse cuenta de ello y profundamente conmovidas felicitaron al joven por su buen corazón.

— ¿ Y Uds. creen, interrogó Juanillo aun lloroso, que es la misma vieja Tragavientos la que pasó ahora rato por el camino? Esos señores aseguran que era la *Dama de la media noche.*

— En verdad, señores, no sería extraño que fuese la vieja Tragavientos en persona, respondió Berta, mientras retiraba vivamente el pie, pues el tímido joven, en su emoción, quizás no se dió cuenta de que la estaba pisando... Dios mío — no olvidéis que la vieja Tragavientos permaneció poco tiempo en Møder y que hace dos meses que vive de nuevo en la selva.

— ¿ Y cómo volvió de nuevo á la selva?

— Oh! es una historia muy triste! El Sr. Hansen que tanto bien hizo á la vieja Tragavientos, no obtuvo recompensa alguna puesto que lo llevaron á la cárcel.

— No es posible!... ¿ Cómo sucedió aquello?

— Nadie ha podido explicárselo. Corrió la especie de que el Sr. Hansen, al dar hospitalidad á una loca que podía ser peligrosa, se había mezclado en lo que no le incumbía, por cuyo motivo las autoridades de Friburgo vinieron á buscar á la pobre vieja Tragavientos y no habiéndola encontrado (pues la vispera había huído con sus muñecas y jamás se la volvió á ver) resolvieron llevarse al Sr. Hansen.

« Más tarde los periódicos dijeron que se hallaba comprometido en un asunto de alta traición.

« Por último, á pesar de la pena que aquello nos causó, vímonos forzadas á abandonar esa región. »

Concluyó Berta el relato de la lamentable historia de la vieja Tragavientos, que tanto había interesado á Juanillo, como ya lo dijimos anteriormente.

— Señorita, sois un ángel! díjole Juanillo cuando ella hubo terminado de hablar. Permitidme que os obsequie de buena gana este paraguas.

Sonrió Berta graciosamente al ver la destreza con que el joven terminaba su ejecución sin despertar al paraguero.

Berta creyó que se trataba de una broma, mas Jua-

nillo de la manera más seria del mundo, alargó el paraguas suplicándole se dignase aceptar ese raro presente como testimonio de la gratitud que le guardaba por los cuidados y bondades que la joven había prodigado á las chiquillas.

Luego, sin hacer caso de los regocijados conceptos que inspiraba su conducta á Berta, dirigióse á la señorita Lefébure :

— Es preciso que no haya descontentos, señorita, y nada habéis perdido con esperar...

En pocos segundos hallóse Juanillo en condiciones de poder ofrecer á la señorita Lefébure, aterrada, un presente nada inferior al que había obsequiado á Berta, para divertimento de esta última.

Mas rehusólo la señorita Lefébure con gran asombro por parte del pobre Juanillo.

— ¿ Por qué ? preguntó el joven en cuyo semblante podía verse pintado, á la vacilante luz de la linterna, la más sincera y candorosa estupefacción. *¿ Por qué no queréis aceptar mi paraguas ?*

Y abriéndolo, púsose á encarecer sus ventajas y méritos...

— Miradlo con atención, dijo en voz baja, es de pura seda. No se os presentará muy amenudo ocasión semejante...

Mientras hablaba, frotaba la tela con su mano de conocedor ; mas no pudo contener una exclamación al constatar que sus dedos pasaban al través de la seda del paraguas y al darse cuenta de que todos los pliegues estaban « cortados ».

— No hagáis caso del percance, que es fácil reponerlo. Y dicho y hecho : metió de nuevo la mano en la busaca, mientras el paraguero roncaba satisfactoriamente.

Mas cuál no sería la sorpresa de Juanillo al descubrir, á medida que los abría, que todos los paraguas, inclusive el que le había obsequiado á Berta, se hallaban en el mismo estado, es decir, rotos, agujereados, « cortados », á pesar de que se veían aparentemente nuevos, ó por lo menos que no habían sido usados.

El joven abrió tamaños ojos redondos y una boca en « O » que indicaban por sí solos qué clase de reflexiones inspirábale su descubrimiento.

Examinó con suma atención al paraguero ambulante y murmuró :

— ¿ Qué clase de negociante será este que carga con tan viejos paraguas nuevos ?

Y restituyóle su mercadería con mucha precaución, cuidándose de que no advirtiese el singular viajero al despertarse que su « pequeño comercio » había sido objeto de vivísimo interés.

— Ay ! suspiró Juanillo mirando tiernamente á Berta que hacía grandes esfuerzos para no soltarle la risa en la cara, tanta era la turbación que parecía haberle producido al joven la aventura. ¡ Ay !... por los tiempos que corren no sabe uno á quien puede fiarse !

En realidad sentíase el más infeliz de todos los Juanillos por la sencilla razón de que su deseo era agradar á Berta.

Tenía esta chica, cuando reía, una boca bastante grande, mas tan sana y de labios tan rosados, y de dientes tan blancos que á Juanillo parecíale la más bella boca del mundo y de buena gana hubiérala besado.

Quizás no habría resistido mucho tiempo al desordenado deseo que lo impulsaba á dar tan intempestiva manifestación de simpatía por el bello sexo, si no hubiera sido porque en aquel preciso momento la dili-

gencia, que trepaba la cuesta en un ángulo peligroso, púsose súbitamente á recular hacia el fatal precipicio que se hallaba en el recodo bajo del camino.

Oyóse rechinar la horquilla sobre el terreno pedregoso y era de temerse que si no se hundía en el suelo la tal horquilla cayese la diligencia, haciendo piruetas, hasta el fondo del Valle del Infierno.

La señorita Lefébure lanzó un grito, mas permaneció heroicamente en su puesto con el bebé en brazos. En cuanto á Berta, colocó al suyo en el regazo de la señorita Lefébure y saltó á tierra como una loca.

Juanillo, que ya no podía vivir sino al lado de Berta, lanzóse también fuera de la diligencia y lanzóse en brazos de la institutriz como un desesperado, gritando :

— Muramos juntos!

Fué tan vehemente el arrebató, que Berta, aun gozosa de vivir, vióse en grandes aprietos para desembarazarse de Juanillo, que podía, en su inconciencia amorosa, hacerlos caer bajo las ruedas de la diligencia que reculaba.

La joven, agitándose mucho, logró arrojar á su compañero sobre la orilla del camino en momentos en que la diligencia se detenía en el terrible resbaladero, pero también en que se oía — nuevo peligro — el estrépito muy conocido de una enorme carreta cargada de madera que bajaba de la montaña... Era un ruido que revoloteaba por sobre las cabezas y seguía las sinuosidades del camino con retumbar de trueno...

Acercábase el estrépito, ya estaba encima, y la carreta, iluminada en la parte delantera por una pequeña linterna, pues las sombras de la noche empezaban á cubrir el valle, venía conducida por un muchacho en cuclillas en los patines, y resbalando con rapidez de rayo. No le quedaba más trecho para pasar que el espa-

cio comprendido entre la diligencia y la orilla opuesta del camino, lugar ocupado por Juanillo.

Este nada oía, ni veía nada, absorto como se hallaba en la contemplación compungida de la que tan rudamente le acababa de sacudir y que parecía burlarse de él haciéndole muecas al claro de luna...

Cuál no sería su sorpresa al ver que súbitamente, se arrojaba Berta sobre él, con los ojos chispeantes, lo sujetaba entre sus brazos, como él lo había hecho momentos antes con tan poco éxito y lo empujaba, abrazándolo apasionadamente, contra un árbol, al pie del cual creyeron que iban á caer.

— Ah! exclamó Juanillo con suspiro de triunfo, bien sabía que me amaríais!

Y mientras pasaba la carreta á su lado sin que se diera cuenta de ello, besó apasionadamente los labios de Berta, quien, estupefacta, virtuosa y enfurecida, administróle uno de esos cachetes que dejan impercedero recuerdo en la vida de un hombre, aunque esa vida esté, como estaba la de Juanillo, sembrada de más espinas que de rosas...